

y hasta doncella, si quiere,  
tendrá usted en mí.

—Algo menos.

—¿Qué no...? ¡Caray! Distráido:  
por poquito no me acuerdo  
de que tenía que entrar,  
en esta tienda, un momento  
á dar un recado. ¿Quiere  
esperarme?

—Sí, le espero.

Entra el galán con gran prisa,  
la dama se queda al fresco,  
y al cabo de media hora,  
cansada ya y con recelo,  
se va hacia la tienda, y no  
encuétrase allí al mancebo.

Asombrada de no hallarle,  
interrógale al tendero:

—Dígame *usté* y disimule;  
¿quién entró hace poco un sujeto  
alto, delgado, sin barba,  
algo bizco del izquierdo,  
y con un bulto en la mano?  
—¿Como de ropa? Sí, es cierto,  
tomó aguardiente y se fué  
por la esquina.

—¡Pillo! ¡perro!

¡granuja! ¡bribón! ¡bandido!

—Pero, jóven, por el cielo,  
¿por qué se pone furiosa?

—Porque un canalla, embustero,  
después de hacerme el amor,  
tomándome en grande el pelo,  
me ha robado tres camisas  
y dos calzoncillos nuevos,  
que iba á entregar al taller  
y llevaba en un pañuelo!

G. F.



## ~ LAS DOS BANDAS ~

Una buena, otra mejor,  
sin que preterida sea  
ninguna por mí, y no crea  
que en las dos es superior  
su arte y músico mayor;  
al oír su instrumental  
con sus cajas... sin un real,  
las dos me hacen exclamar:  
¡Vivan una de otra al par,  
la edil y la provincial!

— MIGUEL SANTA MARÍA.

## Un incrédulo envidioso



«No hay Dios!... ¡No hay Dios! Decía un desdichado, viendo pasar por su alma los recuerdos de su miseria, y por delante de sus ojos, á pié y en coche, arrogantes mortales, luciendo lujo y magnificencia. Quien son esos, se decía, lleno de ódio y de coraje, mirando siniestramente al cielo; quien son esos, que apenas tienen mi estatura y parecen mayores; quien son esos que tienen ojos que á todos ven y á nadie parecen mira; quien son esos que agitan solitarios que la tierra avara encerró en su seno, y pasan impasibles y lejos de mí, sin atraer sus miradas mi soledad y mi harapos miseria? ¿Quién son esos que desde los coches que arrastran lucidos trotones, miran indiferentes los desdichados inválidos que se arrastran por el suelo, sin aun ordenar al arriga que lleve las fieras al paso, aun á riesgo de partir por la espina á los que siempre son infantes sin asignación en lista?

¡Ah! se decía: no, no pueden ser de mi misma condición. Estos son séres privilegiados. Luego ese Dios que tan bueno y paternal nos pintan no es un Padre igual para sus hijos, sino que es un padre odioso! Por que nos hace desiguales. De no admitir ésto, es preciso admitir, que no existe Dios y alzando siniestramente los ojos arrojó por ellos, hácia el Cielo su ira, como el Apóstata Juliano lanzó herido de muerte su propia sangre exclamando con desprecio satánico, ¡Venciste Galileo!

No hay Dios, repitió ahogado por la ira impulsada de la envidia, y cuando vuelto en sí volvió la vista, halló á su lado un anciano flaco, venerable de mirada expresiva y luenga barba que le preguntó sonriente. ¿Que te pasa, sufres? Sufro, contestóle. ¿Pero diga también? ¿Con qué título me saca de mi soledad? ¿Quién sois? El título dijo, que para hacerlo tengo es mi caridad, y yo soy «El Secreto». Pues si él sois, dijo el incrédulo, mucho debeis guardar en vos, y me agradara dijérais porqué aquellos y yo somos como hijos del mismo Dios tan diferentes, puesto que los veis envueltos en lujo y satisfacciones y yo en andrajos y estrechez ¡Pobre hermano mío! Contestó el viejo. Todo eso es exterioridad, falso brillo, apariencia solamente, y voy á convencerte de ello. Mira á través de este lente al que repantigado vá en coche, ¿qué le vés? El corazón grande, cuarteado, destilando sangre y en él escrito... «Lo revienta la ambición, el orgullo y la vanidad.» Vé